

## Actualidad 2010

Era el cumpleaños de Muriel, Sophie preparaba en una vieja cocinilla de gas una comida especial para ella, chuletas de cerdo acompañadas de arroz y guisantes. La diminuta vivienda olía a comida, eso era así siempre, aunque no se estuviera cocinando, era tan pequeña que los olores quedaban impregnados en las cortinas, permaneciendo eternos. Otra vez fallaba la electricidad, la luz de la bombilla colgada del techo por un cable mugriento temblaba, se apagaba durante un breve instante y volvía a encenderse.

Muriel se había marchado dando un portazo, sólo hacía falta un poco más de fuerza para tirar la casa abajo, que ya había quedado seriamente dañada después de las devastadoras tormentas de hacía poco más de un año. Todavía se notaban los bajos embarrados de las paredes. Estaba furiosa con su madre, no entendía por qué quería enviarla fuera, a casa de aquellos primos franceses a los que no había visto nunca. «Es una de nuestras pocas oportunidades, Muriel, tienes que aprovecharla, eres afortunada, no lo ves?» le había dicho su madre. Salió corriendo sin saber muy bien dónde, cuando estaba a corta distancia de la casa, todavía secándose las lágrimas con el dorso de la mano, notó como la tierra tembló bajo sus pies.

Cole se entrenaba en el gimnasio, el sudor le empapaba la espalda, estaba acostumbrado a realizar cuatro horas diarias de ejercicio físico. El esfuerzo y el cansancio le producían sensación de plenitud, estaba satisfecho cuando al acostarse notaba su cuerpo dolorido por el entrenamiento. El coronel Thorp entró como una tromba en la sala, «Gallagher!» le gritó, «preséntese ante su capitán inmediatamente, le dará los detalles de su misión, embarca en 50 minutos».

Micrófono en mano, extenuado Raúl Font, enviado especial de *“El País”*, estaba situado de espaldas a una montaña de escombros. Llevaba más de 24 horas sin dormir. Aunque había vivido otras situaciones similares, la cantidad de cadáveres, heridos y destrucción, le dejaban vacío, imposible inmunizarse ante el dolor, el clima de nerviosismo y la desesperación. El rictus de su cara reflejaba la impotencia y abatimiento que sentía. En monocorde y solemne tono de voz, articulaba como un autómatas sus palabras «Hemos podido hablar con el sargento Gallagher, marine de los Estados Unidos, acaban de rescatar con vida, aunque gravemente herida a una niña de dieciséis años. Después de dos días atrapada entre los cimientos de su casa, ha podido sobrevivir al terremoto. La niña permanecía abrazada al cuerpo sin vida de su madre, que por desgracia no ha podido correr su misma suerte».